
CAPÍTULO IX.

Un cuadro histórico.

Aquella misma noche, como tenían convenido, fueron la Marquesa y Miguel á la casa de las señoras de Vegahonda, á poner en manos de Mercedes la carta del Duque.

Por un capricho de la criolla se hallaban en casa la madre y la hija, pues era una de las noches en que con motivo ó con pretexto de la novedad del espectáculo, del mérito de la tiple ó del tenor, la buena sociedad se da cita en el magnífico teatro de la plaza de Oriente, y en esta clase de citas es indispensable la asistencia de toda persona visible, porque precisamente allí no van más que á verse. Pero Mercedes se habia propuesto sin duda brillar por su ausencia, y á última hora habia dicho que no iba al teatro.

Así es que la Marquesa pudo encontrarla en su casa, á pesar de que por la razon que he indicado temió que estaria en el teatro.

La sorpresa que experimentó Luisa al oír á los criados decir que las señoras estaban en casa, fué exactamente la misma que experimentó Mercedes al oír anunciar á la señora Marquesa. ¡Pobre teatro!..... ¡qué chasco se iban á llevar los espectadores viendo desocupados el *palco* de la rica criolla y la *plantea* de la bella Marquesa!

Mercedes se adelantó á recibir á la hermana del Duque, y ambas se abrazaron cariñosamente, besándose, si es posible decirlo así, con la punta de los labios.

—¿A qué feliz circunstancia, dijo la criolla, debemos el honor de tan inesperada visita?..... yo te hacia en el teatro.

—Precisamente, le contestó la Marquesa, pensaba yo eso mismo, y al saber que estabas en casa, me he dicho: ¿qué desgracia habrá ocurrido para que Mercedes no esté en el teatro?

—¡Oh! es curioso esto, exclamó la jóven americana, tendiendo la mano á Miguel, que

la saludaba. Tú al verme aquí temes una desgracia, y yo al verte creo que es un feliz motivo el que te trae.

—Eso último es muy posible.

—Vamos, no mortifiques mi curiosidad. Ya sé yo que para recibir las buenas noticias hay que prepararse tanto como para recibir las malas; pero, Marquesa, créeme: estoy ya bien preparada y te juro que no me matará la alegría. ¿Qué es ello?

—Voy á decírtelo: una carta que he recibido.

—¡Qué casualidad! dijo Mercedes riendo á carcajadas. A tí te trae una carta que has recibido, y á mí me tiene en casa una carta que he escrito.

—Y lo más gracioso del caso será, añadió la Marquesa riendo á su vez, que la carta que tú has escrito sea la respuesta á la que yo he recibido.

—Justo, exclamó Mercedes, sin dejar de reírse..... dalo por hecho; sin duda ninguna es la respuesta.

—Supongo que en ella te despacharás á tu gusto.

—Enteramente; creo que no se me ha quedado nada en el tintero.

—Él es un niño.....

—Oh, sí; terrible.

—Y ya es preciso que siente la cabeza.

—Veremos si la sienta.

—Aquí tienes, dijo la Marquesa, la carta que yo he recibido.

Mercedes indecisa vaciló un momento, pero al fin cogió la carta que la Marquesa le presentaba, y aproximándose á un velador inmediato, la dejó en él, diciendo:

—La que yo he escrito irá pronto á su destino.

En esto la señora de Vegahonda tuvo la bondad de levantar la voz desde el fondo de su butaca, y hablando como si cada labio le pesára una arroba y la lengua un quintal, dijo:

—Niñas..... ¿qué hacen ahí tanto tiempo..... de pié?..... se van á cansar..... vénganse por aquí..... miren qué gracia dejarme sola.

Luisa acudió á saludar á la señora de la casa, que se quejaba del abandono en que la

tenian. Despues se acercó Mercedes y le dijo á su madre:

—Mamá, te presento al Sr. Lanuza, que ha venido acompañando á Luisa.

—Oh, oh..... muy señor mio.... Siéntese y trátenos con confianza; tenemos de él muy buenas noticias..... y mire, á mí me gustan mucho los jóvenes..... sentados..... juiciosos..... porque en el mundo, mire, hay que andar con piés de plomo.

La señora de Vegahonda, aunque parezca inverosímil, tenía tambien su alma en su almarío, no estaba muy contenta con el proceder del Duque para con su hija, y se valía de aquellas alabanzas dirigidas á Miguel como una pulla que debia ir derecha á clavarse en la Marquesa.

Miguel á su vez cogió la ocasion por los cabellos, é inclinándose con graciosa finura, dijo:

—Es terrible para mí, señora, no participar completamente de su parecer la primera vez que tengo el honor de tratarla.

—Vamos á ver, replicó la señora, qué gracia le encuentra á una cabeza destornilla-

da que no puede parar en ninguna parte..... ay, á mí me marean..... me fatigan, me cansan esos torbellinos sin piés ni cabeza.

Cuando acabó de pronunciar las palabras que dejo escritas, dobló la cabeza sobre el respaldo de la butaca, como si aquel esfuerzo hubiera agotado su talento y su energía.

Miguel esperó por si tenía algo más que añadir, y viéndola sumergida en la inmovilidad y el silencio, dijo:

—Señora, el hombre ha de hacer alguna locura.

—O alguna tontería, añadió Mercedes con singular viveza.

—Bien; y tontería ó locura conviene que la haga ántes de que pueda comprometer la dicha ó la tranquilidad de toda su vida; es preciso dejarle que pague ese tributo que la juventud reclama; que conozca el mundo por experiencia propia, para que despues no lo alucine y lo deslumbre el resplandor de falsos placeres y de mentidas felicidades; la razon se adquiere con los años, y el juicio con la experiencia..... un hombre sin mundo es hombre perdido. La juventud es irreflexiva,

loca, impaciente, arrebatada; sale el hombre de la infancia á la juventud como sale un pájaro de la jaula al espacio; ¿y qué ha de hacer? volar, tender las alas, elevarse, perderse..... hasta que cansado se esconde en el fondo de un valle; allí encuentra la sombra bienhechora de un árbol tranquilo que abre sus hojas para recibirlo, tendiéndole sus ramas hospitalarias; allí hace su nido, y allí vive y allí muere.

Mercedes no tuvo nada que replicar, y la Marquesa añadió:

—Nada satisface tanto nuestra vanidad de mujer como fijar á un calavera.

La criolla elevó el labio inferior haciendo un gesto de marcado desden, y dijo:

—Yo no sé dónde se encuentra la division que separa una calaverada de una infamia, porque observo que muchas veces las más odiosas acciones se celebran en el mundo como genialidades de un carácter original, como locuras encantadoras. No seamos severos con las ligerezas propias de la poca edad, dejemos que vuele el pájaro que se escapa de la jaula; pero convengamos en

que las camisas de fuerza se han hecho para los locos, y los presidios para los criminales. Además, querida Marquesa, los calaveras no son ya del mejor gusto. Si aún alcanzan éxito en los cafés y en los casinos, no están muy bien recibidos en el seno de la familia.

La Marquesa y Miguel se mordieron los labios, y la primera exclamó:

—Oh niña mía..... hablas como un libro.

—Como un libro sumamente severo, añadió Miguel.

Sumamente justo, replicó la criolla; pues á los veinte y cinco años me parece que un hombre ya debe tener juicio, puesto que á nosotras nos obligan á tenerlo mucho ántes que dejemos de ser niñas.

—Te sobra la razon, vida mía, dijo la Marquesa con afable hilaridad; es una injusticia que no tengamos desquite..... Comprendo muy bien la severidad de tus palabras, porque debes estar bien poco contenta del loco de mi hermano.

Aquí la señora de Vegahonda movió lentamente la lengua, preguntando:

—Miren, ¿y qué noticias hay del Duque?

—Que llega de un día á otro, contestó Luisa.

No pudo Mercedes ó no quiso contener un movimiento de alegría, y uniendo la palabra al movimiento, exclamó:

—Ah..... viene pronto..... ¡cuánto lo celebro!

Esta exclamacion, que parecia en efecto arrancada del fondo del alma, tranquilizó á la Marquesa, en cuyo ánimo habian empezado á levantarse muy serios temores acerca del dudoso afecto de la criolla hácia el Duque.

—Es un loco, añadió Luisa, un loco de atar; pero te ama, eso es indudable.

—Sí, es indudable, repitió Mercedes; es un punto respecto al que no me cabe duda ninguna, y si me es permitido hablar con entera franqueza, te juro que le correspondo.

Habia tal expresion de sinceridad en estas palabras, que la Marquesa les concedió el honor de tomarlas al pié de la letra, alegrándose interiormente de que Miguel oyera de los labios mismos de su futura cuñada una

confesion tan espontánea y tan ingenua.

En cambio el secretario del Duque se hallaba muy léjos de participar de la satisfacion de la Marquesa, pues creia notar en el acento de la criolla una levadura de ironía inexplicable, y callaba observándola atentamente, con esa mirada vaga é indecisa con que los ojos sorprendidos sondean las profundidades de una oscuridad repentina.

Volvió la señora de Vegahonda á tomar la palabra, y con su meloso y desmayado acento dejó caer esta pregunta:

—Y diga. ¿Sabrémos ahora el motivo de su larga ausencia y de su precipitado viaje?

—Creo, contestó Luisa, que será siempre un misterio. Y como si quisiera corregir su propia frase, añadió: Creo que será un misterio, porque estoy persuadida de que no hay en ello misterio ninguno.

—Para mí, añadió Mercedes con la viveza de una conviccion profunda, no lo hay. Y dirigiéndose á Miguel, le dijo: ¿Qué le parece á V., Sr. de Lanuza?

Hojeaba Miguel en aquel momento un *album* preciosamente encuadernado que con-

tenía las caprichosas caricaturas de Goya, medio que habia elegido para observar más cómodamente á la jóven americana, cuyo tono y cuyas palabras, sin saber por qué, le chocaban sobremanera.

Al oir la pregunta que se le dirigia, cerró de golpe el libro que tenía en la mano, y contestó:

—Creo, como ustedes, que en el viaje del Duque no hay más que una de esas cosas que se piensan despues que se hacen. Es tan fácil ya darle una vuelta al mundo, que bien puede una persona desocupada salir de su casa y ocurrírsele hacer una visita en Lóndres, ó darle un vistazo á París, y sin más ceremonias ni más despedidas, irse á París ó á Lóndres como se va á la casa del vecino. No veo, pues, que haya precision de inventar ningun secreto para explicarse un hecho que en Madrid será raro, pero que en París es muy frecuente, y en Lóndres la cosa más natural del mundo.

A un mismo tiempo la Marquesa y Mercedes hicieron ademán de convenir en ello, y la última dijo:

—Si yo hubiera abrigado alguna duda, la habria desvanecido la explicacion que acabo de oir, tanto por lo concluyente de las razones como por la autoridad de la persona, pues siendo V. el secretario del Duque, habia V. de estar naturalmente en el secreto. ¿Es verdad, Marquesa?

Habló de esa manera la criolla animando el contorno de su boca con una sonrisa tan fina, que cortaba; y sea por esta circunstancia ó por otra, el caso es que la Marquesa creyó conveniente variar la conversacion, y dando á su acento toda la naturalidad posible, dijo:

—¿Qué pintas ahora, querida mia?

—Ahora, contestó, he concluido precisamente un cuadro.

—¿De capricho?

—No; de historia.

—Hola, histórico.....

—Sí, como tu poema.

—Supongo que no me negarás el placer de admirarlo.

—Si te empeñas, lo verás; tú eres una profesora consumada y serás indulgente. Y

este caballero, añadió dirigiéndose á Miguel, me dispensará el mal rato que voy á proporcionarle con mi obra.

—Cualquiera que sea el mérito del cuadro que vamos á ver, y que me es enteramente desconocido, me atrevo á anticipar una alabanza.

—Veamos, dijeron á un tiempo Mercedes y Luisa.

—Me parece que no le ha de faltar intencion.

—¡Oh! exclamó la Marquesa con cierto énfasis; la intencion es el alma del arte, porque es el pensamiento que anima á la obra; ése es el secreto de los grandes maestros, y si esta inocente niña ha adquirido ya cualidad tan suprema, va á ser un portento.

—Gracias, señores, exclamó Mercedes poniéndose en pié; mi orgullo de artista está satisfecho; pero ¡ah! es peligroso lo que voy á hacer enseñando mi obra, y yo no debo retroceder, ni quiero, añadió con firmeza, porque no puedo tolerar que se me engañe. Voy á traer mi cuadro, y V., caballero, ten-

ga paciencia, pues se le va á caer la venda de los ojos.

Diciendo estas palabras, salió precipitadamente dejando á Miguel y á la Marquesa con la sonrisa en los labios.

La madre, al verla correr, no pudo contenerse, y exclamó:

— ¡Niña! ¡niña!..... mire..... no se caiga.

A los pocos instantes volvió trayendo un cuadro de pequeñas dimensiones, y su madre volvió á exclamar asombrada:

— ¡Niña! ¡niña!..... ¿Cómo puede con tanto peso?..... ¿Por qué no le ha dicho á Panchito que lo traiga?.....

Miguel acudió, y tomando el cuadro de manos de Mercedes, lo colocó sobre el velador, sosteniéndolo por la espalda con el brazo izquierdo é inclinándolo de modo que recibiera la luz de la manera más conveniente. Mercedes se colocó al otro lado, ayudando á Miguel á sostener el cuadro, de forma que la mano izquierda del uno y la mano derecha de la otra se podían tocar sin ser vistas por detras del lienzo.

La Marquesa tomó posicion delante del

cuadro, al que, como ya hemos podido observar, servían de caballete el velador sobre que descansaba, y Miguel y Mercedes, que lo sostenían por uno y otro lado. Luisa daba la espalda á la señora de Vegahonda, que permanecía tranquilamente en su butaca.

— Muy bien, exclamó Luisa..... despues que hubo encontrado el punto de vista conveniente, ó mejor dicho, el punto de luz necesario para obtener la impresion verdadera del cuadro. El primer efecto es bueno.

— Examínalo atentamente, dijo Mercedes, y no te pares en la posicion de las figuras, pues ya sé que es un poco violenta; observa el dibujo y el colorido, y dime los defectos para corregirlos.

— El colorido no se puede apreciar bien á esta luz; en cuanto al dibujo, me parece que has adelantado mucho.

Diciendo esto la Marquesa, buscó los ojos de Miguel para darle á entender con una mirada burlona que el cuadro que tenía delante era un solemne mamarracho; pero en aquel momento Miguel había inclinado ligeramente la cabeza y parecia que miraba el

respaldo del cuadro, como si detras del lienzo sucediera alguna cosa interesante.

Al mismo tiempo decía Mercedes:

—Tenga V..... Lanuza..... tenga usted bien..... y apartándose del cuadro, fué á colocarse junto á la Marquesa, añadiendo..... Ya ves, representa el momento en que Luis XIV sorprendé el secreto de mademoiselle de La-Valière.

—Sí, dijo Luisa, es un precioso asunto..... pero el secretario de tu futuro esposo no sé qué tiene, que no me deja ver tranquilamente, pues no hace más que mover el cuadro.

Es claro, la movilidad de Miguel tenía una razon que la Marquesa no podía adivinar..... Consistia en que la criolla habia deslizado muy suavemente por detras del lienzo un papel, que nuestro héroe habia encontrado en su mano sin acertar á explicarse qué significaba aquella confianza inverosímil y aquel misterio incomprensible.

Lo que tenía en la mano era un billete; un billete que la criolla acababa de entregarle secretamente por detras del cuadro con

una serenidad pasmosa. Semejante desenvoltura lo tenía atónito, porque, dadas todas las circunstancias, aquel billete no podia ser más que un billete amoroso.

Por más que esta aventura inesperada habiárgala su vanidad, no dejaba por eso de ser un lance que iba á ponerlo en un grave apuro, pues su situacion entre la Marquesa y la criolla iba á ser muy difícil, aunque muy agradable.

La movilidad del cuadro, que no dejaba ver á Luisa con exactitud las bellezas del lienzo, nacia, naturalmente, del movimiento que tuvo que hacer Miguel para trasladar discretamente el misterioso billete de la mano al bolsillo.

Esta operacion no se le escapó á Mercedes, y sin duda para facilitarla volvió á su primera posicion, y cogiendo el cuadro, dijo:

—Vamos..... es V. muy torpe..... yo lo tendré, porque ahora le toca á V. admirar mi obra.

Miguel obedeció sumisamente y fué á colocarse al lado de la Marquesa.

Ésta le preguntó después de un momento de silencio :

— ¿Qué le parece á V. ?

— Me parece, contestó, que esta señorita posee una gran habilidad ; yo me confieso sorprendido.

— No se fie V., replicó Mercedes, de las primeras impresiones : los juicios que por ellas se forman suelen ser equivocados.

Desde este momento la conversacion comenzó á languidecer, y poco después la Marquesa se despidió, y acompañada del secretario de su hermano y asida á su brazo salió á pié de la casa de la criolla.

Á las tres de la mañana Miguel daba vueltas por su cuarto como un loco ; el desorden de sus ideas se traslucia claramente en el extravío de su mirada y en la amarga expresion de su sonrisa. Pasaba sucesivamente de la más viva exasperacion al más hondo abatimiento..... ¡ Ah ! la fortuna le sonreía de un modo bien cruel..... Cada paso en el camino de su prosperidad, cada triunfo de su orgullo, le costaba, digámoslo así, un pedazo del corazon. Desde que empezó á ser feliz se

habia encontrado, casi en el umbral de su dicha, á punto de suicidarse, y ahora, si hemos de juzgar por la agitacion de que se halla poseido, parece que algun pensamiento tremendo nubla la serenidad de su alma.

Tiene en sus manos el billete de la criolla, que ha leído ya más de veinte veces, y que vuelve á leer con la misma sorpresa, con la misma admiracion, con la misma ansiedad, con la misma ira con que ha debido leerlo la vez primera.

En esta situacion de ánimo lo sorprendió el día ; y la primera luz de la mañana, penetrando en la estancia al través de los cristales, debió dar más terrible realidad al motivo de su desesperacion, pues apretando los puños y rechinando los dientes exclamó con voz sorda :

— Sí, sí..... todo lo veo con horrible claridad..... ahora distingo perfectamente todos los hilos de la trama, ahora veo cómo se entrelazan, cómo se anudan, cómo se tejen.

Después, como si rechazara una idea que al parecer iba tomando cuerpo en su imaginacion, añadió :

— No, no..... esto hay que meditarlo despacio..... no confundamos los géneros; es una comedia indigna que no merece los honores de la tragedia..... el puñal más agudo es el puñal del desprecio.

Hablando así consigo mismo se dejó caer sobre un sofá, donde poco á poco se fueron cerrando sus párpados hasta que se quedó medio dormido con ese sueño al través del cual se ve entre confusas sombras la imagen terrible ó risueña que domina en nuestro pensamiento.

Al despertarse abrió los ojos, echando á su alrededor una mirada indecisa, despues se pasó la mano por la frente, como si quisiera disipar la tempestad que se agitaba en su cabeza, y por último, se puso en pié, diciendo entre dientes:

— Ah..... esto es un sueño..... un sueño.

Mas reparó en un papel medio estrujado, cuya sedosa blancura se destacaba sobre el terciopelo verde oscuro del sofá, y cogiéndolo con violencia, pasó por él los ojos, y se encontró con la carta de la criolla, que venía á decirle:

«No es sueño, no es sueño.»

Entónces arregló el desórden de su vestido, compuso sus cabellos, tan desordenados como sus pensamientos, apaciguó su semblante alterado, y sonriéndose casi afablemente tomó el gaban, cogió el sombrero y salió á la calle.

Eran las nueve de la mañana, hora en que empiezan á desperezarse en Madrid las personas que no hacen absolutamente de la noche dia, y que, por consiguiente, no tienen á esa hora costumbre de recibir visitas. Así es que Miguel encontró á Matusalem en la cama.

Sentóse en ella el amigo sorprendido, y mirando á Lanuza de hito en hito exclamó:

— ¡Qué demonio te trae por aquí á estas horas!

— Me trae, dijo Miguel, un asunto de todos los demonios.

— No me asustes..... eres muy capaz de haber armado camorra con..... pues, con cualquiera, y vienes, de seguro, á que yo sea uno de tus testigos.

— No, replicó Miguel, no se trata de eso,

aunque no deja de ser un lance de honor.

— Ó explícate con más claridad, ó espera que acabé de despertarme á ver si te entiendo.

— Levántate y me entenderás.

— Matusalem saltó de la cama, y en medio minuto, envuelto en magnífica bata, ocultos sus piés en soberbias babuchas, estuvo en disposición de oír atentamente el raro suceso que sin duda iba alguna á contarle su amigo.

— Vamos, dijo, ¿de qué se trata?

Sacó Miguel la arrugada carta que Mercedes habia puesto en su mano, y desdoblándola miró á su amigo, diciéndole:

— Sentémonos y oye.

Los dos amigos se sentaron uno enfrente de otro delante de la chimenea, y Miguel leyó lo que sigue:

«Hace mucho tiempo que el Duque perseguía con cariñosas intenciones á una pobre criatura, hermosa como un ángel; mas sus promesas eran desoidas, sus juramentos desechados, sus dádivas rechazadas: todos los encantos de que puede vanagloriarse una re-

finada seducción eran empleados inútilmente, estrellándose en una virtud rara, en una inocencia terca y en un amor..... de boardilla.

» Nada irrita tanto la justa vanidad de un seductor como la resistencia; y empeñada toda la vanidad del Duque en esta empresa, se hizo para él caso de honor, cuestion de honra. No desesperaba de vencer al fin y al cabo tan obstinada virtud y tan rebelde inocencia, cuando supo que tenía un rival.....

» Semejante circunstancia daba más mérito al éxito de la hazaña: un rival es un incentivo..... Entónces concibió el proyecto de perderlo á él para triunfar de ella. Él era un pobre muchacho sin experiencia, vió que todo un Duque le tendía la mano, y se apresuró á cogerla, sin tomarse el trabajo de buscar la explicacion de tan inopinada fortuna. El mundo con todas sus seducciones no era sin duda bastante para romper los tiernos vínculos con que al amor habia unido estrechamente aquellos dos corazones, y una mujer brillante, célebre por su belleza y por su fausto, consumó la obra, y el pobre mucha-

cho, desvanecido, cayó á los piés de la Marquesa, y la pobre muchacha, desesperada, cayó en los brazos del Duque: lo que no pudo conseguir la seducción lo hizo el despecho.

»¿Qué le parece á V. esta historia?»

Miguel se detuvo aquí para ver el efecto que había causado en Matusalem lo que acababa de leer; pero éste, rascándose la cabeza con mano distraída y mostrando en el semblante la más candorosa sorpresa, le dijo:

—Continúa, continúa.

Dió Miguel salida á un profundo suspiro, más de cólera que de pena, y siguió leyendo de este modo:

«Así me explico yo el viaje repentino y la larga y misteriosa ausencia del Duque..... Así comprendo á la vez cómo su secretario íntimo no ha merecido la confianza de semejante secreto..... Así veo, como la cosa más natural del mundo, el empeño de la Marquesa en disipar todas las suposiciones, atribuyendo á una simple locura de su hermano lo que es una verdadera infamia, de que ella misma es cómplice.

»Siempre he sentido hácia el Duque una

pertinaz repugnancia; pero ¡ah! comprendo muy bien que mis trescientos mil duros de renta sean el premio de su insigne hazaña. La Marquesa es indudablemente de mi mismo parecer, y notando la particular y estudiada preferencia con que..... hablemos francamente..... con que le he distinguido á V., es muy capaz de casarse con el secretario del Duque por asegurarle á su hermano la pingüe felicidad de mi fortuna.

»Escribo esto porque me enoja conservarlo en la memoria, porque despues de escrito pienso olvidarlo para siempre, y aprovecharé la primera ocasión que se me presente para poner en sus manos los renglones que estoy escribiendo, porque es un secreto que le pertenece, y porque para mí sería insoportable hablar de semejante asunto.»

Aquí terminó la lectura, y ambos amigos se quedaron mirándose sin pronunciar palabra, hasta que al fin Matusalem, despues de muchos gestos y muchas contorsiones, rompió el silencio diciendo:

—Phs..... es una diablura..... una venganza de la criolla..... Bah, las mujeres son